

# Reglas y límites en la escuela infantil: adquisición de las actitudes sociales

Desde el Instituto Emmi Pikler de Budapest, nos llega una reflexión sobre cómo los niños y niñas pequeños adquieren actitudes sociales que comportan el respeto de límites y reglas. La investigación y la observación han sido claves para establecer principios fundamentales como la relación individual con el adulto y el respeto por los logros que cada niño y niña obtiene según un ritmo propio.

¿Cómo llega el niño a aceptar las reglas sociales? ¿Cuáles son las consecuencias de nuestras actitudes en la personalidad del niño?

Una de las principales cuestiones en la educación de los niños y niñas pequeños es la adquisición de las actitudes sociales, especialmente la confrontación con las reglas y los límites. En colectividad, especialmente, ¿qué actitud del adulto permite al niño aceptar las reglas sin perderse a sí mismo? Estas cuestiones son objeto de debate entre las diferentes corrientes pedagógicas, y oponen a menudo las generaciones, y a veces los padres entre ellos.

La reflexión sobre las reglas y los límites en la escuela infantil parte de la experiencia y de las observaciones del equipo del Instituto Emmi Pikler de Budapest ( Hungría), normalmente llamado Lóczy. Esta institución acoge, desde 1946, niños de menos de seis años separados de sus padres por motivos sociales, según una pedagogía elaborada por la doctora Emmi Pikler. Esta pedagogía se desarrolla y se enriquece constantemente a partir

Anna Tardos y Anne Vasseur-Paumelle

de las observaciones y las investigaciones del equipo de Lóczy, y se basa en dos principios fundamentales:

- la seguridad afectiva, favorecida por una relación niño-adulto individualizada; en ella el niño se considera una persona activa, capaz de elegir y de expresar sus necesidades y deseos; esta relación se forma en torno a las atenciones diarias a los niños: comidas, cambio, baño, ir a dormir...
- un desarrollo motor dejado a iniciativa del niño, a su ritmo, el que le es propio, sin intervención directa del adulto. La misma actitud de respeto hacia las iniciativas del niño se adopta en cuanto a su juego; el adulto procura al niño esta seguridad afectiva a través de su relación y de un material y un entorno rico y adaptado a su evolución.

Los observadores que vienen a Lóczy plantean a menudo dos cuestiones contradictorias:

*¿Por qué no os mostráis más inflexibles?*

En efecto, han sido testigos de estas largas negociaciones entre el niño y el adulto sobre unas zapatillas que hay que sacar para cambiarse.

El niño, por su parte, juega con los botones de su camisa o se levanta para ir a tocar la bañera, sin que el adulto se impaciente ni levante la voz.

*¿Cómo os lo hacéis para que los niños y niñas sean tan sociables, tan disciplinados en la mesa, por ejemplo? ¿Por qué se observan tan pocos conflictos entre ellos, y nunca graves?*

Estas reflexiones muestran que la cuestión de las reglas y los límites no es una cuestión de disciplina, sino de una noción mucho más compleja: la de la socialización.

Empezaremos recordando algunas nociones referentes al proceso de socialización del niño y después presentaremos algunas reflexiones pedagógicas a propósito de las reglas y de los límites.

#### El proceso de socialización

El proceso de socialización lleva al niño o niña a convertirse en un miembro activo y creativo de la sociedad donde vive.

En general, se distinguen dos fases fundamentales: la socialización primaria, y la socialización secundaria.

La socialización primaria se desarrolla en el sí de la familia, donde el niño integra las formas fundamentales de la adaptación y de la comunicación social y aprende a aceptar en un nivel elemental los hábitos y las reglas del grupo en el que vive.

Esta primera socialización prepara al niño para encontrar más tarde su lugar en las otras colectividades (escuela, colonias, grupos de ocio..., después la sociedad en general). Estas colectividades donde el niño entra en relación con unas personas (adultos o niños y niñas) externas a la familia serán el lugar de la socialización secundaria.

En un primer tiempo, en casa, el niño o niña integra los hábitos y las reglas que siguen las personas con las cuales ha establecido unas relaciones afectivas (madre, padre, eventualmente la persona que lo cuida). Esta primera integración de las reglas descansa sobre la identificación emocionalmente motivada.

Pero no puede olvidarse que en su familia el niño no solo imita lo que ve a su alrededor, sino que él también influye su medio. Esta socialización se desarrolla en el sí de interacciones (acciones recíprocas) donde los actores se influyen mutuamente.

La socialización primaria se caracteriza, pues, por esta reciprocidad. Los límites dan lugar a «transacciones», tentativas de conciliación. Son negociados.

Puede pasar que los padres sientan como un fracaso el hecho de que el niño no los obedezca inmediatamente. Por ejemplo, Cyril, absorto en su juego de construcciones, no viene inmediatamente cuando lo llaman para el baño. En la mesa, juega con la comida; ya no come, pero no quiere dejar la mesa. Si los invitados están tomando café, él coge el azúcar que hay sobre la mesa.

En estos momentos, los padres tienen el sentimiento de que su educación ha fracasado, y a veces el entorno social lo abona.

Ahora bien, cuando el niño no obedece inmediatamente, hay una tentativa de transacción, y no un fracaso. La transacción es parte integrante de la socialización; en todos los grupos la gente se influye, transigen, aprendiendo a aceptar y a influir sobre el otro, a aceptar y a influir sobre sus exigencias.

La casa tiene que ser el lugar privilegiado de la transacción, de la negociación. Pides al hijo mayor que vuelva a las diez; el niño discute y se decide que llegará a las diez y media; finalmente, llega a las once. De esta manera, el chico ha aceptado que sus padres marquen un límite, pero con la discusión ha conseguido ensancharlo.

Es importante que en el sí de la familia el niño pueda discutir, intentar negociar las reglas, para que se dé cuenta que él también tiene una influencia sobre los acontecimientos.

En un segundo tiempo, en la escuela, en otras instituciones o grupos sociales, el niño entra en el proceso de *socialización secundaria*. En este caso, la aceptación de las reglas no se basa en relaciones afectivas personales. Las reglas son más estrictas. Menos individualizadas. Están destinadas al conjunto del grupo, y cada individuo tiene que someterse a ellas. No tienen esa flexibilidad de negociación.

Es gracias a la primera experiencia de reglas y límites negociados, discutidos y que conservan su flexibilidad que el niño o niña puede aceptar las reglas colectivas sin perderse a sí mismo. Es suficientemente maduro, su Yo es lo bastante fuerte, para no perder su libre albedrío frente a las reglas impuestas y a las relaciones más impersonales. A pesar de esto, al principio la confrontación con las reglas de la colectividad es difícil.



Pero entonces aparece una pregunta fundamental: ¿cómo conseguir un proceso de socialización primaria para niños acogidos en un hogar de niños o en una sala de bebés?

Estas instituciones acogen niños y niñas pequeños en una edad en la que todavía no son maduros para la socialización secundaria.

Esta cuestión es fundamental, porque el niño pequeño es muy maleable y se puede disciplinar, someterlo muy fácilmente. Confía en nosotros y depende de nosotros.

A la luz de nuestra experiencia, nos parece que las condiciones esenciales para preservar la posibilidad de una socialización primaria en los establecimientos para los niños y niñas más pequeños son las siguientes:

1. Establecer con cada niño y niña del grupo una relación afectiva cuanto más personal mejor. Es decir, conviene evitar las rupturas, los cambios de grupo. Esta relación dará al niño un sentimiento de seguridad que no hay que poner en cuestión en las transacciones sobre las reglas. En ciertos casos, estas son, en efecto, la ocasión para juicios de rechazo, para castigos humillantes. El niño se siente, entonces, amenazado con razón de perder el amor del adulto, de ser abandonado.
2. Tener una actitud de respeto por la persona del niño o niña, que tiene necesidad de sentirse apreciado por lo que es. Necesita una atmósfera de calma y de seguridad. Concretamente, esta actitud se consigue evitando apresurarlo (las condiciones de organización cuentan mucho en este aspecto) y evitando ser agresivo con el niño (empujarlo, amenazarlo, etc.). Se le informa de lo que le pasará y se vela por una cierta regularidad en los acontecimientos que le afectan. Esto responde a una necesidad evidente del niño y refuerza su sentimiento de seguridad. Se multiplican las ocasiones en las que el niño o niña pueda escoger, decidir por él mismo. Que viva en libertad de jugar, de moverse a su ritmo. Que pueda elegir entre varios juguetes, quizás entre varias prendas de ropa.
3. Cuando el niño o niña se encuentra ante un límite, el adulto ha de tener una actitud de ayuda, de apoyo, de comprensión. Él sabe que es difícil, pone un límite, pero sin imponerlo con una sanción. Deja que el niño tenga tiempo de decidir.



*Christine, que llegó al hogar a los dos años, lleva unas botas nuevas. Está tan orgullosa que no se las quiere quitar. La educadora que la acompaña cuando vuelven del jardín le explica que las botas deben guardarse en el armario y que Christine las encontrará allí cada vez que tenga que salir afuera.*

*Pero Christine se niega a dejar sus botas. La educadora, sin insistir, se aleja, dejando que la niña tenga tiempo para decidir. Finalmente, algunos instantes más tarde, confiando en las palabras de la educadora, Christine va a guardar sus botas dentro del armario.*

En instituciones como la familia, se producen inevitablemente conflictos entre el adulto y el niño referentes a un límite que hay que hacer respetar. (No levantarse de mesa si no se ha acabado, no comer los postres de otro niño que todavía no ha acabado de comer, no comerse la pomada, devolver el cepillo de peinarse para guardarlo...). Forman parte del proceso de apropiación de las reglas. El objetivo tiene que ser siempre que su relación mutua no se ponga en entredicho a causa de este conflicto.

Una vez explicitados estos procesos de socialización, podemos pasar a la reflexión pedagógica propiamente dicha.

#### Reflexiones pedagógicas

Nuestra reflexión se referirá en primer lugar a *la jerarquía de las reglas*, y en segundo lugar, a la importancia de la negociación.

##### *La jerarquía de las reglas*

Si observamos un grupo de niños y niñas fijándonos en las reglas que organizan su vida, nos damos cuenta de que su número es muy importante.

En familia pasa lo mismo: numerosas reglas y hábitos organizan las relaciones entre sus miembros y estructuran los diferentes momentos del día. Por la mañana, no hay que entretenerse en el baño para dejar pasar a los demás; al acabar de desayunar, hay que poner el bol en el lavavajillas, etc.

Por la noche, el niño tiene que ordenar la habitación, o lavarse los dientes, etc. Durante las comidas, no puede comer antes de sentarse a la mesa. No debe precipitarse sobre la comida, sino esperar que todos estén servidos. Tiene que comerse lo que le ha tocado en la bandeja. Debe terminar-

se lo que tiene en el plato antes de ponerse más. No tiene que comerse nada del plato del vecino. Debe dejar la cuchara para beber del vaso. Ha de comer de manera tan limpia como sea posible y no recoger lo que cae al suelo. Cuando se ha acabado de comer, tiene que dar su plato; esto significa que no quiere más y no tiene que volver atrás.

Pero estas reglas no todas tienen, de ninguna manera, la misma importancia. Hay una jerarquía entre ellas. Por ejemplo, durante el paseo el niño se encuentra ante dos reglas: «no dejar la acera», «no recoger papeles del suelo». ¿Cómo se puede dar cuenta el niño que la primera regla es más importante, más estricta, que la segunda?

Lo constatará con la reacción del adulto, que para inmediatamente al niño o niña que deja la acera. Esta prohibición no admite ninguna discusión. En cambio, «no recoger un papel del suelo» provoca una reacción menos inmediata. El niño puede pedir una explicación, insistir, porque el peligro no se puede comparar. Así, el niño o niña podrá jugar un poco respecto a este límite: por ejemplo, tocar el papel con un palo y llevarlo así a un cubo de la basura, darle un puntapié, examinarlo un rato... La severidad no es, y no tiene que ser, la misma.

En efecto, si la reacción del adulto es la misma cuando el niño pega violentamente a otro que cuando deja caer un lápiz, la criatura no puede comprender la importancia de los límites y establecer su diferencia.

Nosotros hemos intentado definir una jerarquía de las reglas, que hemos diferenciado mediante los colores:

- reglas rojas;
- reglas rosas;
- orientaciones azules.

1. Las reglas rojas son las más importantes y, a la vez, las más raras. No deben discutirse. A veces, están ligadas a un peligro para el mismo niño o para otro (como por ejemplo pegar a un compañero violentamente). En este caso, el adulto tiene que mantenerse firme; tiene que parar al niño o niña inmediatamente y sin dudar. Si existe una seguridad de este tipo, no hay necesidad de castigar al niño o condenarlo («eres malo»); basta con la fuerza y la certeza del adulto para que lo comprenda. A menudo el adulto castiga para exorcizar su propio miedo porque el niño

se había puesto en peligro (ha cruzado la calle corriendo y sin mirar; se ha puesto de pie encima de una silla mal equilibrada...).

2. Las reglas rosas son las más numerosas. Con ellas se hace el aprendizaje activo de la socialización. Bañarse por la noche es una regla rosa. Lavarse las manos antes de comer, también. O no arrancar las hojas de la planta verde que hay en la sala, salir del agua cuando se ha acabado el baño, o no gritar cuando alguien está durmiendo en la casa.

Para el adulto, las reglas rosas son el terreno de la paciencia, de la negociación, de la cooperación final. El niño «jugará» a no seguir las reglas. Experimentará la reacción del adulto, la provocará, la examinará.

Si no le son impuestas por la fuerza y el temor, el niño o niña jugará a aprender estas reglas rosas y a aceptarlas voluntariamente. Poco a poco, después de discusiones y negociaciones, después de haber planteado preguntas y escuchado respuestas, el niño las hará suyas conscientemente por identificación.

3. Quedan las orientaciones azules. Estas orientaciones emanan de la actitud misma y del modo de vida de padres o educadores, y son transmitidas de una manera muy sutil y no dictadas como reglas. El niño o niña toma conciencia de ellas mirando cómo vive su entorno y experimentando su apoyo o su desaprobación frente a ciertas de sus elecciones. La identificación desempeña un gran papel en su transmisión.

Entre estas orientaciones azules, encontramos por ejemplo:

- comer solo progresivamente usando una cuchara; progresar hacia la autonomía;
- estar atento a los demás; compartir sus juguetes, prestar su juguete preferido;
- pasárselo bien en la escuela e interesarse por las materias que se enseñan.

El niño o niña tiene que poder escoger hacer suyas estas orientaciones vividas como expectativas, valores, un proyecto pedagógico. Constituyendo progresivamente su Yo, tendrá que situarse libremente en relación con el proyecto de sus padres o educadores.

Ahora bien, estas expectativas «azules» a menudo se imponen al niño de manera autoritaria como reglas. A veces pueden ser también un simple consejo técnico (como saber coger bien la cuchara, poder cortar la carne, pelar una fruta, hacerse el lazo del calzado, ponerse los pantalones del derecho). No son obligatorias, porque a menudo las cosas pueden hacerse de otra manera.

Al fin y al cabo, las orientaciones azules representan el fundamento de la educación. En efecto, educar un niño no es solamente permitirle integrar un límite; es darle acceso a una cultura, a unos valores, guiarlo en la dirección que uno piensa que es buena para su expansión.

La negociación sobre reglas y actitudes que la permiten

Como ya hemos señalado en el proceso de socialización primaria, aprender las reglas y los límites es multiplicar las experiencias que se relacionan con el niño. Él juega con las prohibiciones en su realidad, se confronta con las reacciones concretas del adulto y prueba a menudo no respetar sus prohibiciones, «no hacer como» se le pide. ¿Por qué? Puede tener muchas razones diferentes para hacer esto.

La primera de estas razones es ver cómo reaccionará el adulto si el niño intenta atravesar un límite.

*Nicolette, de dos años, sabe que una vez ha salido del baño y se ha secado no tiene que volver al agua. Aún así, se acerca y hace como si volviera. La educadora, ocupada en otra cosa, no la ve. Entonces Nicolette se para y grita: «¡Erzsi, mira!» Lo que le interesa a Nicolette es la reacción de la educadora más que el propio acto.*

La segunda es que ciertas reglas son difíciles de respetar porque exigen al niño o niña muchos esfuerzos sobre él mismo (dar un juguete, cuando tiene dos en las manos, a un niño que llora para reclamarlo; ordenar un lugar donde ha jugado bien porque tiene que dejarlo; ir a dormir; salir de la bañera.) Renunciar a ciertos placeres, controlar sus deseos inmediatos con una finalidad altruista o social es a veces doloroso para el niño o niña. En estos casos, necesita que se le deje tiempo para aceptarlo. Dar, volver a coger y dar al final. Ordenar, desordenar y ordenar definitivamente. Salir, volver a entrar varias veces antes de irse, hasta un cierto momento en que el adulto se pone firme y lo para si el niño no ha podido conseguirlo solo.

En otros momentos, el niño o niña «casi hace» lo que se le pide. Sigue la regla, modificándola ligeramente como para no negarse. Manteniendo un cierto control, evita la sensación de perderse en la voluntad del otro.

La tercera razón posible es que el *niño no conoce todavía* las normas del grupo. Puede ser nuevo en este grupo o puede que haya crecido y tenga acceso a situaciones nuevas (se pone de pie y llega a los objetos que están más arriba; come muy bien solo y comparte la mesa con otros dos niños o niñas).

Finalmente, la cuarta razón es la *inquietud de un niño* que, infringiendo las reglas, busca atraer la atención.

Hay, pues, razones variadas por las que un niño o niña no respeta los límites. No lo hace ni por malicia ni para poner al adulto en dificultades; se trata más bien de una necesidad que tiene contenidos muy distintos, y no hay que plantearlo de una manera única.

Solo una actitud abierta de escucha, de comprensión de lo que este límite suscita en el niño, de lo que hace que lo rehúse, permite ayudarlo a aceptar, finalmente, estas reglas, a hacérselas suyas. ■

Anna Tardos, psicóloga en Lóczy

Anne Vasseur-Paumelle, psicóloga y psicoterapeuta infantil

#### Bibliografía:

DAVID, M.; APPEL, G. *Lóczy ou le maternage insolite*. Paris: Scarabée, 1973.

PIKLER, E. *Se mouvoir en liberté dès le premier âge*. Paris: PUF, 1976.

TARDOS, A.; DEHELAN, E.; SZEREDI, L. «L'intégration des règles de vie par l'attitude des éducateurs». *Vers l'Éducation Nouvelle*, n. 404 (1986), p. 52-56.

